



SEGUNDA PARTE

MARÍA EN LA SANTA FAMILIA

¡Oh vida abscondita!

BESTINADA María á ser modelo de los hombres en su naturaleza pura y humana, presenta en su vida casi todos los rasgos característicos de la vida de Jesus su hijo, Hombre y Dios á la vez, y modelo de toda bondad para el linaje humano. La vida de Jesus tiene un período de larga duracion, durante la cual vive en el seno de su familia en vida particular y escondida. Dura este período treinta años de los treinta y tres que pasó en la tierra. En la vida de María hay dos períodos de luz y vida pública y tres de santa oscuridad en vida escondida y completamente ascética. El primer período de vida escondida dura hasta el momento solemne y grandioso de la Anunciacion. Desde entonces hasta el suceso de la huida á Egipto hay un período de gran luz y esplendor, en que se verifican la visita á Santa Isabel y los grandes portentos que acompañan y siguen al nacimiento del Bautista, los cuales causan gran admiracion en las montañas de Judea, el Nacimiento del Salvador, la ruidosa venida de los Magos, que alarma á la corte de Herodes en Jerusalem y sus inmediaciones, la Presentacion en el templo, la horrible matanza de niños inocentes, que lleva alarma y dolor á multitud de familias de Palestina. Todos estos hechos constituyen una publicidad, un esplendor pasajero, que apenas dura un año.

Pero en seguida María vuelve á sumirse en la oscuridad durante treinta años en la vida retirada y oculta de la Santa Familia, hasta el momento definitivo de la predicacion de Jesus. Tenia este á la sazón treinta años: la Virgen María se cree que debia frisar entonces en los cincuenta, segun los cálculos mas probables. En pos de la muerte de Jesus y del establecimiento de la Iglesia, María vuelve á la oscuridad de la vida privada, pero ya sin familia, siquiera la acompañasen por todas partes la respetuosa devocion de los primeros cristianos y la santa solicitud del Evangelista San Juan, su hijo adoptivo. Los dos períodos de oscuridad en la Santa Familia, cortados por un año de pasajero esplendor, son los que comprende esta segunda parte.

En las vidas de los Santos generalmente se observa la existencia de ese período de oscuridad y vida escondida, dedicado á su purificacion y perfeccionamiento, durante el cual son como crisálidas cristianas dentro de su ascético capullo; y es que, al asimilar su vida á la vida de Jesus, su divino modelo, sienten un placer santo é incommensurable mientras su vida pasa silenciosa en esta oscuridad bendita, que el mundo ni aun sabe apreciar cuanto menos comprender. En el seno de una familia laboriosa y modesta, en la penumbra de un claustro ó de una familia religiosa, que reemplaza á la familia natural, quizá en solitaria ermita, ó en el fondo de un pobre hospital, pasan los Santos su adolescencia, su juventud y quizá gran parte de su edad viril, hasta que la obediencia por una parte, la viva luz de sus virtudes, ó la necesidad de atender al bien del prójimo hacen que las miradas del público se fijen al cabo en ellos, no queriendo la Providencia que tales tesoros de virtudes y saber queden ocultos y como sepultados en ocio, por santo que sea, que no es ocio sino altísima tarea la santa contemplacion: mas el mismo Señor dijo que no convenia estuviera siempre la luz oculta bajo el celemin. Entonces principia para estas almas puras y escogidas el martirio de la vida pública, con sus alternativas de aplausos y oprobios, de conquistas y persecuciones, reproduciéndose la vida de Jesus en las vidas de sus siervos, siquiera las copias nunca lleguen, ni con mucho, á la altísima perfeccion del sublime original, Jesus, bello ideal de todos los Santos. Entonces, en medio de las borrascas del mundo ó de sus engañosos halagos, suspiran por la tranquilidad de su vida escondida, de los felices tiempos de su oscuridad bendita en el seno de una familia santa, bien sea la que nos dió la naturaleza, ó nos creó la posicion social ó la vocacion religiosa, segun las disposiciones de la Providencia.

La vida privada y escondida de María tiene tambien estas fases. La Vírgen prometida, anunciada por los Profetas, cantada por los vates inspirados por el Dios de Israel y aun por los gentiles mismos, segun acabamos de ver, tiene tal oscuridad en su origen, que apenas sabemos nada de ella en el orden humano, y tenemos que acudir á la revelacion escasa, á tradiciones de los primeros cristianos para escudriñar con temeroso respeto los arcanos de la Providencia con respecto á Ella.

Por lo demás esa vida oscura y escondida de María y la de su hijo Dios y Hombre, huyendo de figurar y de eso que el mundo llama *Gloria*, es una leccion sublime y saludable enseñanza para la generacion presente, que, no solamente es ávida de goces y de sensualidad, sino de ostentacion, orgullo, vanidad y deseo de lucir lo que se tiene y lo que no se tiene, y de sentir emociones fuertes. El que quiere tranquilidad y reposo busca lo retirado y oscuro y anhela siempre por las dulzuras del retiro y de la vida doméstica y modesta.

CAPITULO PRIMERO

PADRES DE MARÍA

LAS dudas respecto á la genealogía de la Vírgen María, de las cuales se habló en el capítulo tercero de la parte profética, vuelven á surgir ahora mas concretas y ceñidas al tratar de los nombres de sus benditos Padres, San Joaquin y Santa Ana. Ninguno de los dos Evangelistas geneálogos los nombra, y la razon es muy sencilla. Jesus pasaba por hijo de San José (1) y la genealogía de este era la conocida y la que constaba en los registros oficiales y en los empadronamientos que se hicieron por entonces: la genealogía de la Madre no era conocida en este sentido. Pero si esto era á los ojos del mundo, no así á los ojos de la Religion, pues Jesus no descende de Adan por la línea de su padre putativo San José, sino por la materna, y de esta nada nos deja dicho el Evangelio. Sábese con todo que la Madre de Jesus era parienta próxima de San José y ya vimos antes su entronque con respecto á David.

Mas si el Evangelio nos calla la genealogía materna y los nombres de los abuelos maternos de Jesus, no por eso los ignora la Iglesia, ni los calla. El creer que todo lo relativo á Jesus debe constar en el Evangelio, que la tradicion de nada sirve, que el crítico cristiano jamás debe entrar á escudriñar lo que callan los libros del nuevo Testamento es un error protestante que no puede admitir un buen católico. Pues qué, los testimonios de los Santos Padres, depositarios de las primitivas tradiciones; pues qué, los libros litúrgicos y del Oficio Divino que la Santa Iglesia pone en manos del clero para su leccion cotidiana ¿poco ó nada valen para nosotros? ¿Acaso las genealogías de muchos Príncipes y magnates, que circulan entre los eruditos y aficionados á los estudios genealógicos y heráldicos, tienen testimonios tan ciertos como los que tiene la existencia de los Padres de María, para que no le demos siquiera el asenso que se da á estas otras?

Las lecciones del rezo de San Joaquin y Santa Ana, Padres indudables de la Vírgen María, están tomadas de las obras de San Epifanio y San Juan Damasceno. ¿Puede el católico desairar esta tradicion santa (2)? Hé aquí lo que la Iglesia nos dice acerca de ellos:

(1) *Ut putabatur Filius Joseph*, dice el Evangelio con su frase breve y enérgica.

(2) Augusto Nicolás ni siquiera menciona los nombres de los Padres de la Vírgen en el cap. VI de la 2.ª parte al hablar

«De la raíz de Jessé brotó el Rey David y de la raza de David brota la Virgen Santa. Santa, sí, y por excelencia *Santa*, hija también de varones santos. Fueron sus padres Joaquín y Ana, los cuales supieron durante su vida agradar á Dios, y, lo que aun es mas, dieron por fruto sazonado y fruto de bendición á la Santa Virgen María, templo y á la vez Madre de Dios.»

¡Qué frase tan bella la de San Epifanio de quien la Santa Iglesia toma estas palabras en el segundo nocturno de la fiesta de San Joaquín! Pero aun son mas enérgicas las que luego siguen al poner en relacion esta Santa familia con la Trinidad Santísima.— «Pues bien, Joaquín, Ana y María ofrecían los tres á la Trinidad paladinamente sacrificio de alabanza, pues el nombre de Joaquín se interpreta *preparacion del Señor*, y, en efecto, por medio de él se preparó el Templo de Dios, que es *la Virgen*. Á la vez el nombre de Ana equivale asimismo al de *gracia*, puesto que Joaquín y Ana recibieron la gracia de que por medio de sus oraciones germinase de ellos tal fruto, logrando tener por hija á la Santa Virgen, pues mientras Joaquín oraba en la soledad del monte, la bendita Ana pedia á Dios recogida en su huertecito.»

Hasta aquí los preciosos datos biográficos que allega y nos trasmite San Epifanio, recogiendo las escasas noticias de la tradicion cristiana, viva y muy viva en aquellos primeros siglos. ¿Á qué andar buscando noticias dispersas cuando de un escritor tan eminente y afecto á la tradicion solamente acepta estas la Santa Iglesia, y nos las recomienda al consignarlas en el Oficio Divino?

Continuando esta santa tarea nos presenta la misma en seguida las no menos bellas y curiosas investigaciones de San Juan Damasceno en algunos trozos de su oracion ó discurso en la Natividad de la Santísima Virgen. «¡Oh dichosa pareja Joaquín y Ana! á vosotros está obligada (1) toda criatura, pues por vos pudo ofrecer al Criador un don el mas excelente entre todos los dones, á saber, la casta Madre, única digna de serlo del Criador. Alégrate, Joaquín, pues que de tu hija nos ha nacido un *Hijo*, cuyo nombre es el de Angel del gran Consejo, esto es, de la *salud de todo el mundo*. Avergüéncese Nestorio y selle su boca con la mano: ese hijo es *Dios*, pues ¿cómo no será *Madre de Dios* la que le parió? Alejado está de la Deidad el que á esta Señora niega el ser *engendrada de Dios* (*Dei genitrix*). No es mio este razonamiento, aunque lo hago mio, pues lo adquirí como divina herencia del Teólogo Padre San Gregorio. ¡Oh dichosa pareja, repito, Joaquín y Ana, pues por el fruto de vuestro matrimonio sois reconocidos sin mancilla al tenor de lo

de la Natividad ó nacimiento de la Virgen; mas no debe extrañarse, pues los filósofos, poetas y retóricos propenden á generalizar y sintetizar, al revés que sucede á los criticos y cronistas.

Por el contrario, el Canónico Maynard admite la leyenda de que San Joaquín y Santa Ana fueron expulsados del templo de un modo insolente por un sacerdote llamado Ruben ó Issachar, á pretexto de ser estériles.

Por nuestra parte, procuramos atenernos á lo que consigna la Iglesia en el rezo del Oficio Divino, como regla mas segura, para no errar por falta ni demasía.

(1) La frase latina tiene mas energía. *Vobis omnis creatura obstricta est.*

que decia el mismo Jesus: *por sus frutos los conoceréis*. A la que de vosotros nació la educasteis al tenor de vuestra vida, segun era grato á los ojos de Dios y digno de Este. Casta y santamente llenasteis vuestro cometido, así que obtuvisteis todo un tesoro de virgindad.»

A mas pormenores descende todavía en su libro de la *Fe ortodoxa*, al tratar por extenso acerca de ambas genealogías de los padres del Salvador (1), diciendo: «Ambos Evangelistas Mateo y Lucas demuestran claramente que San Josef descendía de la tribu de David; pero hay entre ellos esta diferencia, que San Mateo traza la genealogía por Salomon y San Lucas la deriva por Nathan. Pero ambos guardan silencio acerca de la genealogía de la Virgen. Acerca de esto debe tenerse en cuenta que no era costumbre entre los hebreos el deslindar el linaje de las mujeres, ni tampoco lo usa la Sagrada Escritura. Precavíalo así la ley para que las razas no se mezclaran yendo los de una tribu á casarse en otra. Así que San Josef que era de la raza y tribu de David y muy amante de la justicia, pues por ello le alaba el Santo Evangelio, no se hubiese atrevido á tomar por Esposa á la Santa Virgen contra lo dispuesto por la Ley, si no hubiera descendido de su propia real estirpe. Bastaba, pues, que demostrase el Evangelista de dónde descendía San Josef para que supiéramos la ascendencia de su Esposa.

»Así pues, Leví, descendiente de la línea de Nathan, engendró á Melchi y á Panthér: Panthér engendró á Bar-Panthér (2) y Bar-Panthér engendró luego á Joaquín, el cual á su vez engendró á la Santa Madre de Dios. Por lo que hace á la otra estirpe de Salomon, también hijo de David, Mathan engendró á Jacob. Muerto Mathan, Melchi, el descendiente de Nathan, hijo de Leví y hermano de Panthér, se casó con la viuda de Mathan, que á la vez era madre de Jacob, y de este segundo matrimonio nació Helí: así que Jacob y Helí eran hermanos uterinos ó sea por parte de madre, resultando el uno oriundo de la raza de Salomon y el otro de la de Nathan.

»Resultó despues que Helí murió sin hijos y por tanto su hermano Jacob, el descendiente de Salomon, hubo de casarse con su viuda á fin de que tuviera descendencia y en efecto tuvo á San Josef; así que este por su naturaleza era descendiente de Salomon, pero por razon legal era, hasta cierto punto, hijo de Helí descendiente de Nathan. Mas por lo que hace á San Joaquín, este tomó por mujer á la incomparable Ana digna de los mayores elogios.»

Hasta aquí San Juan Damasceno y su relato que inserta la Iglesia en la festividad de San Joaquín. De otro discurso del mismo Santo Padre toma el texto de las lecciones para el rezo en la festividad de Santa Ana, el dia 26 de julio. Allí aludiendo á la prolongada esterilidad que aquejó por mucho tiempo el matrimonio de aquellos santos esposos

(1) Libro 4.º de *Fide orthodoxa*, cap. XV de *Domini genealogia et Sancta Dei genitricis*: citadas en el tercer nocturno de la fiesta de San Joaquín en la infraoctava de la Asuncion.

(2) *Bar-Panthér* quiere decir *el Hijo de Panthér*, pues así formaban los Israelitas los patronímicos.

purificando sus almas y sus cuerpos en el crisol de la tribulación, antes que les concediera gozar del gran favor que les destinaba, presenta á la Santa Madre de la Vírgen, repitiendo las palabras de la otra Ana, tambien estéril, mujer de Elcana, y al cabo madre tambien y muy piadosa del gran Profeta Samuel, último juez del pueblo israelita y de su república teocrática, único gobierno del mundo que pueda llamarse *Teocracia* en el sentido estricto y riguroso de esta palabra.

Grandes son las afinidades entre las dos piadosas mujeres de Elcana y de San Joaquin, ambas estériles y del mismo nombre, pero tambien son grandes las diferencias entre una y otra familia. Elcana es piadoso pero bigamo, defecto que Dios toleraba por entonces en los Patriarcas del Oriente, la tierra de la poligamia. La mera bigamia, ó consorcio con dos mujeres, aumenta la casa y la raza, pero mata la familia, la trinidad patriarcal humana, cual la vemos en la casa de San Joaquin y la veremos en su día en la casa de su Hija. Así que Fenena, la mujer de Elcana que tiene hijos, insulta dentro de su casa á la pobre Ana su rival, como si ella tuviera la culpa de no tenerlos. Hé aquí el cuadro de la casa con dos mujeres. Lloro la primera Ana su esterilidad, que de ignominia le sirve aunque sin culpa suya, busca la oscuridad y enflaquece, no queriendo apenas comer, ni aun participar de los manjares del sacrificio. En vano Elcana su marido le dice cariñoso:— Ana, ¿por qué lloras y te afliges? pues qué, ¿no te quiero yo? pues qué, ¿mi cariño no vale para tí mas que diez hijos?

—No vale, no, que dentro de la casa hay otra mujer que le enseña sus hijos con orgullo, la trata con altanería y le echa en cara que su esterilidad es un castigo de Dios. A este acude la pobre estéril, y en la exaltación de su dolor ora en el templo con tan fervorosa vehemencia, que el sacerdote la reprende creyéndola embriagada.

La familia Santa necesitaba un contraste y la Iglesia nos lo presenta al contraponer la esterilidad de la segunda Ana, mujer de San Joaquin, á la otra primera de ese nombre, y mujer de Elcana: las tintas sombrías de este cuadro realzan y casi dan relieve á los hermosos toques de luz del otro cuadro de la Santa familia y la mujer *univira*.

La Madre de María, aunque estéril en su juventud, tiene por entero el corazón de su Santo Esposo. Nadie la insulta en su casa: su pena es igual á la de su marido y la paz reina en aquella tranquila y santa morada, donde hay dolor pero acompañado de resignación santa y casi risueña, pues la delicadeza y la ternura hacen que se oculten las penas á fin de no afligir al consorte, al revés de lo que sucede entre los egoístas, que parece disminuyen su dolor comunicándolo y haciendo padecer á otros y considerando como un insulto la alegría ajena cuando ellos tienen alguna pena que jamás disimulan. Busca San Joaquin la soledad y no desconfía del favor de Dios, aunque ve agostarse su virilidad y ya remota su juventud florida. Ana en un rincón de su huertecito llora resignada, teniendo por únicos testigos de su dolor rosas y claveles, símbolos del amor y la humildad, lirios y jazmines representantes del candor y la pureza, y al dirigir á Dios sus plegarias sin alte-

ración y sin vehemencia suben hasta el Empíreo acompañadas de los arrullos, gorjeos y trinos de canoras avecillas, que á su modo tambien alaban al Dios que les da sér, alimento, libertad y amores correspondidos.

Oye Dios las plegarias de las dos Anas, aunque expresadas de tan distinto modo, y pone término á la esterilidad de las dos madres que ambas le ofrecían dedicarle sus hijos en voto.—«¡Señor! dice la de Elcana, si me dais un hijo yo lo consagraré á vuestro culto, y no pasará la tijera por el cabello de su cabeza.» Y Dios le concede un hijo, hijo Profeta, el gran Samuel, destinado á libertar á su pueblo y ser su último Juez, y no como quiera este hijo, sino otro y otros mas.

Ébria entonces de gozo la mujer fecunda, que en otro tiempo habia parecido ébria de dolor, entona tambien un cántico como las mujeres célebres de la Biblia, como María la hermana de Moisés, como Débora, como en su día lo entonaron tambien Isabel la madre del Bautista y María, la nieta de Joaquin; pero el cántico de la mujer de Elcana no tiene ni la energía épica y nerviosa del *Cantemus Domino*, ni la suavidad, unción y elevadas miras del *Magnificat*; á pesar de que algo la preludia el cántico *Exultavit* de la mujer de Elcana, que ya elogia la humildad y la santa pobreza, y es que Ana habia tenido que sufrir mucho de su rival despiadada, y en su prosperidad no olvidaba los días negros de la envidia y de los celos.—«Regocijose mi corazón en el Señor y en mi Dios fué ensalzado mi partido (1).»

«No hay Santo como Dios, pues no hay otro sino Tú, y no hay quien sea fuerte como Dios.»

.....
 «El Señor mortifica y vivifica, abate hasta lo muy profundo y levanta de allí.»

«El Señor empobrece á uno y luego le da riquezas: Él humilla y luego ensalza.»

..... (2).

Como la Biblia no nombra para nada á los padres de la Vírgen, no tenemos datos acerca del santo y modesto júbilo de los Padres de María, pero la Iglesia Santa siguiendo la tradición pone tambien un cántico sencillo en boca de la casta y humilde esposa de San Joaquin (3).

«Congratulaos conmigo que he logrado por fin el germen prometido, á pesar de la esterilidad que me aquejaba, y ahora crio á mis pechos el fruto de bendición que tanto habia

(1) Valera, el hereje traductor de la Biblia, cuya versión tanto pretenden encomiar los protestantes, traduce groseramente *exaltatum est cor meum in Deo meo*, diciendo: «mi cuerno es ensalzado en Jehová.»

(2) Hay en cambio en los versículos que se omiten algo de dureza en cantarle á Fenena que ya tiene hijos, mientras que ella se va debilitando. Una mujer cristiana no cantaría esto á su rival.

(3) Este cántico le pone San Juan Damasceno en boca de Santa Ana, remedando el lenguaje bíblico: véase en la lección 1.ª del segundo nocturno en la fiesta de Santa Ana.

anhelado. Fuera ya el luto de la esterilidad, pues que puedo vestir el traje rozagante que adorna á la mujer fecunda. Regocíjese conmigo la otra Ana que sufrió los insultos de Fenena, y á vista de este nuevo é inesperado milagro, que ahora en mí se reproduce, alégrese de nuevo al recordar el suyo.

»Regocíjese también Sara, la de Abraham, con su alegría senil, que figuraba también mi esterilidad y tardío embarazo.

»Aplaudan conmigo todas las estériles é infecundas este favor que el Señor me hace de un modo admirable y celestial. Digan también conmigo todas las que han recibido del Señor esta anhelada fecundidad:—¡Bendito sea el que ha concedido esto á las que oran y ha dado prole á la estéril y el germen felicísimo de esta Virgen, que es Madre de Dios según la carne, y cuyo cuerpo es un cielo en el cual se estrechó para habitar el que no cabe en todo el mundo!»

Hasta aquí el cántico que San Juan Damasceno pone en boca de Santa Ana, personificando en ella á todas las matronas cristianas, que al cabo lograron, aunque tarde, la sucesión que anhelaban. Terminado ese cántico sencillo, dirige el Damasceno á Santa Ana una tierna cuanto sencilla plegaria, tomando también el lenguaje bíblico. — «¡Oh, cuán dichosa es la casa de David de donde procedes y ese vientre en que quiso Dios que fuese fabricada el *arca de santificación*, esto es, el cuerpo en que ÉL había de ser engendrado sin generación humana!»

Esto es lo que la Iglesia, la Tradición y los Santos Padres nos han legado acerca de la Santa Familia de donde procedía Jesu-Cristo, y que fué modelo de la otra Santa Familia en que vivió cual veremos más adelante.

Para conclusión no quiero omitir la opinión de Santa Teresa de Jesús, nuestra grande y querida Escritora, acerca de la santa familia de los Padres de María.

Al regresar de Indias su hermano D. Lorenzo de Cepeda había comprado cerca de Avila, una serna ó tierra de labor. Quejábase D. Lorenzo de que el cuidado de la hacienda le quitaba tiempo para la oración y sus devociones. Repréndele la Santa cariñosamente y le dice:—«No dejaba de ser Santo Jacob por entender en sus ganados, ni Abraham, *ni San Joaquín*; que, como queremos huir del trabajo, todo nos cansa (1).»

Por pequeña que sea esta frase de Santa Teresa, no dejarán de acogerla con gusto nuestros lectores, tanto por ser de ella, como por acreditar el concepto de laboriosidad asídua, que tenía ella acerca del Santo Padre de la Virgen María.

(1) Carta 132 del tomo II de las obras de Santa Teresa, pág. 119 de la edición de Rivadeneyra, corregida por mí.

CAPITULO II

CONCEPCION INMACULADA DE MARÍA

Aun no existían los abismos cuando ya estaba Yo concebida



HAY el dogma de la Concepción inmaculada de la Virgen dos puntos de vista muy distintos, que pudieran llamarse subjetivo y objetivo, si hubiera de usarse la fraseología escolástica, que no cuadra con el carácter y tono de esta obra. Consideramos con respecto á ella dos puntos ó momentos importantes, el uno en el decreto de Dios y en su eternidad, antes de la creación del mundo: el otro en el tiempo en que se cumple y en los diversos períodos y evoluciones de este cumplimiento, y según lo llega á conocer y acatar el hombre, hasta el momento en que la Santa Iglesia lo define como dogma y punto de Fe, suceso que honra á nuestra época y á la generación presente. El primer concepto en ese momento de la eternidad corresponde á esta parte de nuestro libro respecto al decreto y su cumplimiento: el segundo relativo á la revelación de este misterio, y su conocimiento y acatamiento por parte del hombre, corresponde á la última parte de la obra. Con él acabaremos precisamente nuestro libro.

En la parte profética hemos visto ya los preludios de este decreto: ahora vamos á ver sus razones y motivos en cuanto puede vislumbrarlos la mente humana, asaz débil é imperfecta para penetrar en ellos, ni menos explicar tan alto misterio, pues si lo explicara dejaría de ser *misterio*. Decidle al ave nocturna que salga de su escondrijo y mire al sol de hito en hito.

Oigamos lo que dice la Sabiduría Eterna, única que puede revelarnos algo y en lo que plugo á ella que supiésemos (Proverbios, 8).

«El Señor me poseyó desde el principio de sus caminos (1), esto es, antes que las cosas del universo principiaran á seguir su curso, existiendo en su mente divina, cual si ya estu-

(1) *Dominus possedit me in initio viarum suarum ante quam quidquam faceret à principio.* (Proverbios, cap. 8.º) Parece preferible dar la paráfrasis y no la traducción seca y descarnada, que pudiera tomarse de las dos traducciones aprobadas y bien conocidas del P. Scio, ó del Sr. Amat. Es tan conceptuoso el contenido de estas palabras que aun la paráfrasis apenas puede desentrañar todo su sentido.